



DON ROQUE YA HACE UNOS DÍAS. QUISO TOMAR EL TRANVÍA.



AL TOMARLO POR ASALTO, LE HACEN BESAR EL ASFALTO.



CUANDO CATORCE HAN PASADO, DON ROQUE YA ESTA INDIGNADO.



Y CUANDO PASÓ EL PRIMERO, SE LANZO A COGERLO, FIERO.



-ESTE SÍ QUE NO SE ESCAPA. DICE SU HIJA, (QUE ES MUY GUADA)

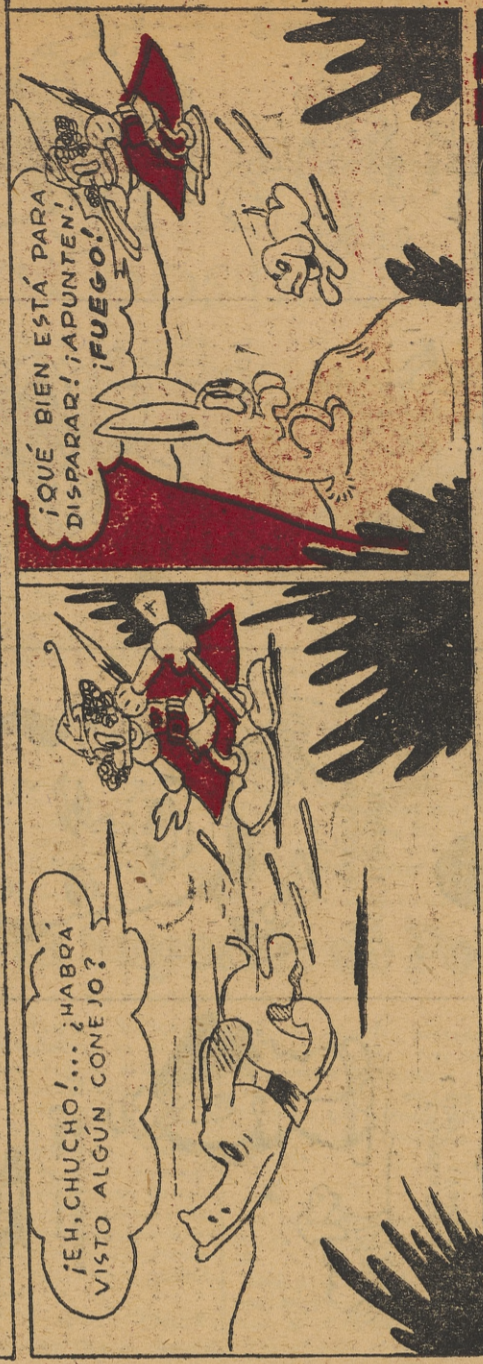


CUELGA DEL CABLE EL BASTÓN, Y ENCUENTRA LA SOLUCIÓN.

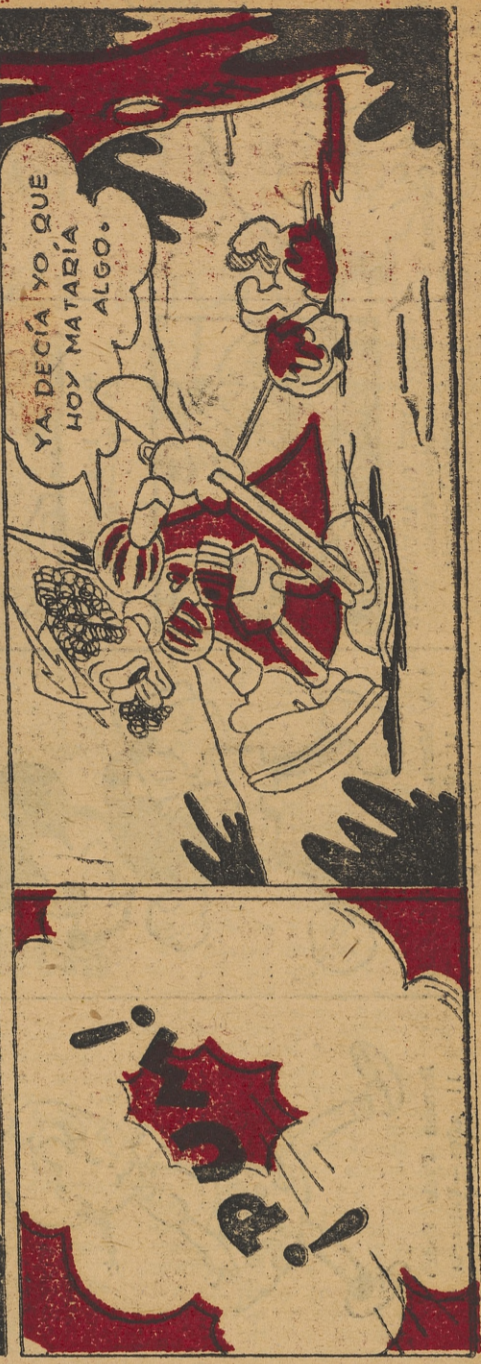
**LAPICERIN VA DE CATA**



LE VOY A DAR ESTE PERRO POR CUATRO PERRAS.



¡EH, CHUCHO!... ¿HABRA VISTO ALGÚN CONEJO?



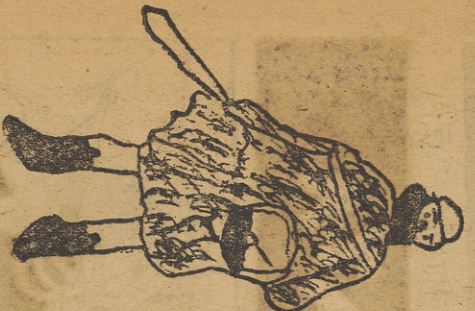
ESTOY SEGURO DE QUE HOY MATARE ALGO.

¡QUE BIEN ESTÁ PARA DISPARAR! ¡APUNTEN! ¡FUEGO!

¡P!

YA DECÍA YO QUE HOY MATARÍA ALGO.

# Album de Honor



José M.ª Albert, 10 años.  
Alqueria Albert, (Borbolió)



Francisco F. Fernandez  
Sesastiá  
15 años.—Gijón



I. Barrachina  
12 años.—Valencia



Amparín Higo Cardona  
10 años.—Valencia



Clelin Albiñana, 4 años, Valencia.



Finita López, 14 años,  
Valencia.



Juan Polo Sanobis  
12 años.—Valencia



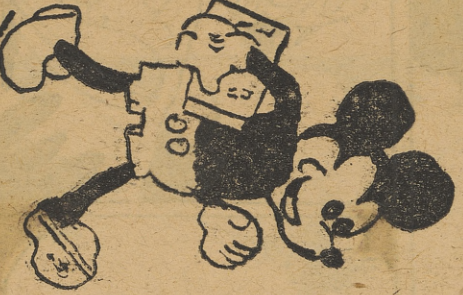
SAIDA DEL GUARDAMITA  
Salvador Muñoz  
13 años.—Valencia



UN GITANO



ROSALENOH  
Rafael Roig.—11 años



Ana María Mompó Fajrnis  
11 años.—Valencia



Domingo Martinez  
12 años.—Valencia



César Simón  
10 años.—Valencia



Eduardo Peris  
Cullera (Valencia)



Ramon Peris Pedro  
11 años.—Valencia

# Los hombres que vuelan

Por LUIS MOTTA

(Continuación)

Marchal reconoció varios escollos, y dedujo que la playa no debía estar muy distante.

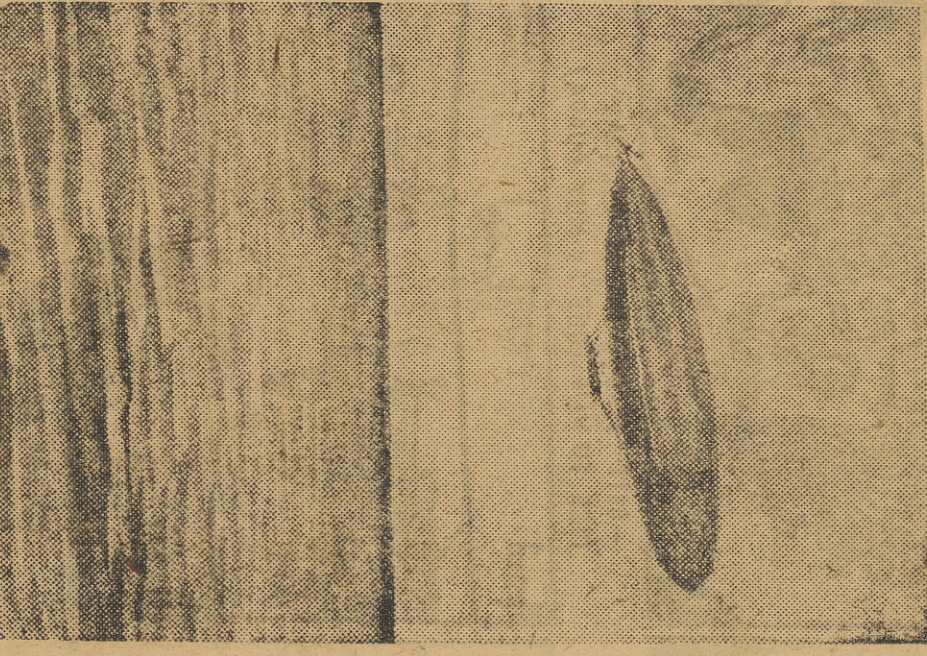
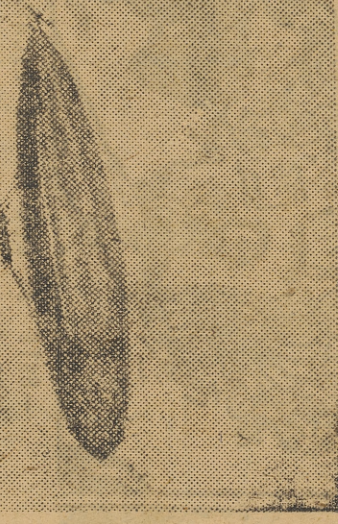
Se arrojó fuera de la barquilla, y a fuerza de brazos intentó llegar a la playa. Describió con todo su corazón llegar a aquella costa que creía hospitalaria.

Allí, pediría socorro; procuraría sacar su aeroplano, presostenta mucha profundidad. Los planos impermeables le servían por los escollos en un lugar donde por fortuna el mar no de soslaya, y algunas cuerdas se habían enganchado en los escollos vecinos; de modo que por el momento el aeroplano no parecía correr ningún peligro. El cielo se había aclarado a la luz bienhechora del sol, el cual, como si quisiera tomar parte en el salvamento del aviador, luchó entre las nubes, haciendo de oro las aguas del mar.

Sin embargo, de los labios del aviador, salió un grito de desesperación, mientras se crispaban sus manos nerviosamente. Vuelto a la superficie, le pareció que le rodeaban los libros y famblo.

Pero vio con alegría, que se había equivocado; eran numerosos troncos de árboles que se flotaban; fragmentos negruzcos de madera, probablemente restos de alguna nave deshecha por la tempestad.

Marchal se rió de su miedo. Recobrada la calma, duplicó sus esfuerzos y procuró llegar a los arrecifes. Notó que, como por encanto, se le aumentaban las fuerzas; se sintió más robusto, y decidido a arrostrar nuevas desgracias. Pero, de pronto, dejó de nadar; una fuerza extraña, una especie de contacto elástico, le paralizaba.



Procuró substrarse a él; pero en vano. Creyó haber dado con un fondo movedizo, o haberse enganchado en las cuerdas de alguna embarcación naufragada; pero tuvo que abandonar estas hipótesis.

Aquella fuerza misteriosa le oprimía las piernas tenazmente, ejerciendo una tracción violenta y continua. Entonces comprendió todo el horror de la situación. Un pulpo común le había cogido con sus tentáculos y lo arrastraba lentamente hacia el abismo. Se agarró a una roca, procurando resistir la atracción que sobre él ejercía el ser viscoso.

Tanto el uno como el otro hacían tremendos esfuerzos; el pulpo se empeñaba en arrastrar a su presa; el hombre, por el contrario, luchaba para desprenderse de aquel abrazo, que iba a ser fatal.

Marchal, pálido y sudoroso, perdía ya toda esperanza de llegar a los arrecifes. De pronto, el pulpo salió de las aguas, su cuerpo montuoso se ofreció ante la vista del espantado aviador. En medio de la masa gelatinosa luchaban dos ojos negros e inmoviles.

Aun cuando la víctima procuraba librarse haciendo conti-nuos y violentos esfuerzos, el animal, cuyos tentáculos poseían mas de docientos ventosos cada uno, no le dejaba soltarse y cada vez le amarraba más.

Entretanto, el mar se rompía contra los escollos con un estruendo furioso y se perdía en gotas que adquirían la apariencia de una lluvia vaporosa e impenetrable. Marchal, cogido a las rocas, a pocos pies de su aeroplano, resistía cuanto humanamente le era posible el ataque del pulpo.

Recordó que en uno de los bolsillos del pantalón guardaba un cuchillo. Estando un tentáculo, que avanzaba para sujetarle el brazo, sacó el cuchillo, se lo puso en la boca y, todo nervioso, lo deserró.

La hoja del arma brilló herida por el sol. Marchal observó el pulpo antes de comenzar el ataque; sus fuerzas se agotaban y no podría resistir durante mucho tiempo. Había que obrar sin tardanza; recogió todas sus energías, miró el tentáculo que le sujetaba las piernas y le asestó un golpe; la hoja penetró en la materia viscosa. Pero como por milagro, surgió otro tentáculo y detuvo el brazo del aviador.

El tentáculo pudo dar todavía otros dos golpes y cortar otros dos tentáculos; una sangre negruzca tñó el agua. El implacable pulpo seguía avanzando nuevos tentáculos. Parecía reconcentrar en los que todavía le quedaban toda su fuerza prodigiosa.

Marchal, fatigado de sus inútiles esfuerzos y aguardando el momento oportuno, dejó de nadar. Se continuó y fué sumiendo el contacto cada vez más estrecho de aquellos informes lazos de carne que le paralizaban todos los miembros. Después, antes de que la enorme masa gelatinosa le tocara comenzó a herir, una vez y otra vez y otra y otra, hasta ciento, como si fuera un autómatas, como si se hubiese vuelto loco.

Los lazos fueron ahogándose. Desembarazado de tan terrible enemigo, el hombre rodó sobre las olas, arrastrado por el mar hacia los escollos, cubierto de sangre, livido, con los cabellos erizados, inerte, como si al fin hubiera consumido la muerte su obra.

## CAPITULO VIII

Marchal se había desvanecido solamente. El tiempo había mejorado y en el cielo lucía una fresca mañana de primavera; el viento había apartado las nubes; la bóveda celeste ofrecía un color azulado y transparente. Al cabo de un cuarto de hora, el aviador recobró el sentido; solo le quedaba un ligero mareo.

No lejos del lugar donde se hallaba, vio su aeroplano, en torno del cual jugueteaban las espumantes aguas, y más allá flotaba el pulpo muerto, sangriento y vacío como una espartera de capre, entre las escolleras. Entonces recordó la espantosa aventura, y por su memoria cruzó la lucha que había sostenido, sin olvidar el menor detalle. Se flocó las piernas, y fué arrancándose uno a uno los ten-

(Continúa)

# REVOLTILO HISTES

## FALLA INFANTIL NUMERO 18

Comisión de la calle de Ripalda  
 Presidente, Arturo Puchades; vicepresidente, Rosita Arruá;  
 presidente de festejos, José Tomás; secretario, Ramón Gari-  
 rriga; vicepresidente, Maruja Muñoz; tesorero, Fernando To-  
 más; vocal primero, Pascual Castillo; vocal segundo, Joaquina  
 Blanch; vocal tercero, Rosario Iniguez; copradora, Rosita Pa-  
 mos; cobradora, Isabel Villanueva; belleza mayor, María de  
 los Angeles Puchades; damas de honor, Amparín Ramos y  
 Lolita Puchades.

## ADIVINANZAS

—Vengo de pedres cantores,  
 aunque yo no soy cantor, y  
 traigo la capa blanca y ama-  
 rillo el corazón.  
 Solución: El huevo.  
 Pilar López  
 11 años. Valencia

No tiene pies y anda,  
 No tiene dedos y lleva amarillo  
 ¿Qué es?  
 Solución: La cortina.  
 Pepito Monchi. 12 años  
 Valencia.

—Blanco por dentro, verde  
 por fuera; si quieres que te lo  
 diga, espera.  
 —La pena.  
 Juanito Castillo, Camino Mon-  
 teolivete, 36, Valencia. 12 años

—¿En qué se parecen los  
 postes de la luz a las patatas?  
 —Pues en que los postes  
 sostienen alambre y las pa-  
 tatas sostienen «ai...hambre».  
 Sebastián Rueda  
 13 años. Valencia.

—¿En qué se parece el car-  
 bón de «koks» a las verdulerías?  
 —Pues en que del carbón de  
 «kok», se hace el gas y en las  
 verdulerías tienen «aél-gas».  
 Enrique Tort Muñoz  
 9 años. Valencia

—¿En qué se le parecen las  
 camisas de mi papá a la sepia?  
 —En que primero se limpian  
 y después a la plancha.  
 Marujín Monsell  
 9 años. Cabañal

—Si en una habitación hay  
 siete bizcos y entra otro, ¿qué  
 sucede?  
 —Pues que se lo comen,  
 porque es el bizco-ocho!  
 Milagrin Arcón  
 8 años. La Cañada

—¿En qué país del mundo  
 entra el sol por la ventana  
 cuando se muere una mujer?  
 —En Persia. Porque se va la  
 persiana.  
 Mario Viñuales  
 11 años. Valencia

—¿En qué se le parece un  
 estudiante a un ciclista?  
 —En que los dos hacen ca-  
 rreras.  
 Rafael Hernández Cámara  
 11 años. Ayora

—¿Qué le dijo el sordo a  
 la muda?  
 —¿Qué le dijo?  
 —Cuando escuchó tu voz,  
 que parece un arrullo de  
 amor.  
 Francisco Navarro

—¿Qué le dijo un borracho  
 a su amigo?

Entre dos personas:  
 —Si se cae un elefante  
 a un pozo, ¿cómo le sacaría  
 usted?  
 —Con una cuerda.  
 —No, señor.  
 —Con una grúa.  
 —Tampoco.  
 —Entonces... ¿cómo?  
 —Mojoado.  
 Andrés Subirats  
 13 años. Valencia

Un chiste larguillo  
 El niño se presentaba en casa  
 con un ojo a la funeraria, con  
 gran disgusto del padre.  
 —¿Es así, hijo mío?  
 —Sí, papá.  
 —¿No te había dicho yo  
 que no te pelearas nunca?  
 —Sí, papá.  
 —¿No te dije que cuando sín-  
 tieras deseos de pegarte con al-  
 guien contaras cincuenta an-  
 tes de hacerlo?  
 —Sí, papá.  
 —¿Por qué?  
 —¿Por qué te obedecí.  
 —Entonces, ¿cómo es que  
 vienes con la cara de esa fa-  
 cha?  
 —Porque el otro niño me  
 dió un puñetazo antes de que  
 hubiera llegado a contar 20.  
 Andrés Subirats  
 13 años. Valencia

Una señora gorda le dice a  
 su marido, un día de baile.  
 La señora: —¿Quieres bailar  
 con tu bolita?  
 El marido: —No, que tú eres  
 un balón!  
 Miguel Guillot  
 13 años. Cabañal

La señora: —Hace diez mi-  
 nutos que no encuentro a mi  
 marido.  
 La otra señora: —¡Mira qué  
 cosa! Hace más de veinte años  
 que yo busco al mío y aun no  
 he podido dar con quien quiera  
 serlo.  
 Miguel Guillot  
 13 años. Cabañal

EL AUTOR Y EL  
 COMEDIANTE  
 Ensayábase una obra que  
 el autor «a la p.» muy gra-  
 ciosa, pero «a la p.» en realidad  
 posaba poquísima gracia.  
 El actor que hacía el papel  
 principal ensayaba de muy  
 mala gana y el autor no po-  
 día disimular su contrariedad.  
 Al fin, le dijo:  
 —Parace mentira que usted,  
 que en la vida corriente es tan  
 alegre, esté haciendo mi co-  
 media con tanta tristeza.  
 El actor sonrió levemente y  
 repuso:  
 —El caso es distinto. ¿No ve  
 usted que en la vida el teatro  
 es mío?

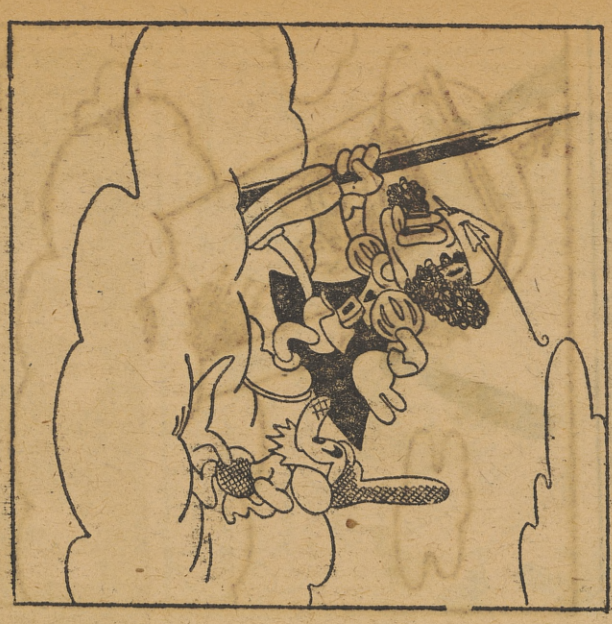
FALLA INFANTI' NUM. 19. — Comisión de las calles  
 Pelayo y Julio Antonio; Presidente, Manuel Montesinos;  
 vicepresidente, Guillermo Sorta; tesorero, Manuel Masca-  
 rós; vocales, Fernando Orón, Angel Escribano y Paquillo  
 Cano; fallera mayor, Josefina de los Angeles Reig Torto-  
 sa; damas de honor, Mari. F. Cano y Josefina Cano.

—¿Qué le dijo?  
 —Ya mi chata no me quiere  
 porque anda la borrachera.  
 Arturo Rojas de la Cámara  
 12 años. Valencia.

—¿Qué le dijo el trabajo-  
 dor a la patata?  
 —Me tienes frito.

—¿Qué le dijo el sordo a  
 la muda?  
 —¿Qué le dijo?  
 —Cuando escuchó tu voz,  
 que parece un arrullo de  
 amor.  
 Francisco Navarro

—¿Qué le dijo un borracho  
 a su amigo?



ANDANZAS DE LAPICERIN



BIBLIOTECA DE EL PEQUE

...andando sobre aquella masa...  
 paba ni poco ni mucho la furia de los elementos. No  
 podía ya ni ver, ni oír, ni pensar, ni sentir, mas que  
 para aquella Montaña de Hielo que se le presentaba  
 tan cerca.  
 Ya la podía ver con toda claridad. Debía tener una  
 altura enorme. Diez o doce mil metros. Es posible que

Un momento se despojaron de sus vestidos de diablo, vis-  
 tieron sus primitivos trajes y, sentándose en el fondo  
 del cajón, se dedicaron a poner en orden sus pensa-  
 mientos.  
 Una sacudida violenta les hizo salir de su abstra-  
 ción, y dibujaron en sus labios una sonrisa. El ascen-  
 sor se había parado, lo que parecía indicar que había  
 llegado al término de su viaje. Acomaron de nuevo sus  
 cabezas por las ventanillas, y un jolín de sorpresa salió  
 al unísono de sus gargantas.  
 El ascensor estaba SOBRE UNA NUBE.  
 —¿Qué hacemos, hijó?  
 —Lo que te dé la gana.  
 —Salgamos de este cajón y luego. Dios dirá.—pro-  
 puso nuestro muneguillo.  
 —¡Sobre la nube?  
 —¡Claro! ¿Por dónde iba a ser?  
 —¿Y si se hunde? No te olvides, Lapicerín, de que  
 las nubes son de humo.  
 —Ya lo sé, querido enanillo, y no lo olvido. Pero  
 ¿cómo no se hunde el ascensor?  
 —¡Ahí Pues es verdad.  
 No hay que negar que con cierto miedo, mudeco y  
 enanillo, hicieron la salida. Primero sacaron el pie de-  
 recho; más tarde el izquierdo, y se encontraron an-  
 dando sobre aquella masa, que mas que de humo, pa-  
 recía hecha de algodón en rama.  
 En poco rato la recorrieron toda.—¿Este a Oeste  
 y de Norte a Sur.—sin que les ofreciera interés  
 pudieran ver nada que les ofreciera interés.  
 Una ligera brisa les azotó el rostro. Lo que puso a  
 Lapicerín muy contento y de muy buen humor, ya que  
 le compensaba del calor de Infernalia.  
 Pero la brisa se convirtió en un fuerte viento, y el  
 viento en huracán. Y la nube, hasta entonces inmóvil,  
 se puso en movimiento.

BIBLIOTECA DE EL PEQUE

ANDANZAS DE LAPICERIN

## El tercer elemento

CAPITULO XIV

Cuando nuestros amigos volvieron en sí de su des-  
 varcimiento, viajaban por el espacio con una rapidez  
 extraordinaria, metidos dentro de la caja del ascensor.  
 Recordaron entonces todo cuanto les había sucedido: su  
 lucha con los diablillos de Infernalia, su entrada—sin  
 salida—en el ascensor, la llegada de sus perseguidores  
 y, por fin, la explosión que puso en marcha aquel ai-  
 siasmado.  
 —Ha sido milagroso—comentaba Lapicerín. entu-  
 siasmado.  
 —Como que los diablillos creyeron que ya nos tenían  
 en sus manos.  
 —Pero quedaron con tres palmos de narices.  
 —Y con siete metros de rabo.  
 No pudieron menos que reír pensando en las caras  
 de primo de los diablillos cuando ellos desaparecieron  
 de Infernalia.  
 —¿Y dónde estaremos ahora?  
 —No sé; pero como acabamos de salir de los pali-  
 gros del fuego, ahora, como es lógico, nos tocará afron-  
 tar los del aire.  
 —Si es así—dijo Lapicerín—, no dudo que estaremos  
 vagando por el espacio.  
 —Así lo creo.  
 Acomaron sus cabezas por las ventanillas, y no pu-  
 dieron ver nada que les ilustrara sobre la región que  
 atravesaban. En vista de ello, se resignaron a marebar  
 con rumbo a lo desconocido, y abandonando su obser-

—¿Qué crees que podrá ser aque-  
 más. Y hubo un momento que parecía que la nub-  
 a, estrellarse contra sus laderas.  
 Un trueno horrible le sacó de su ensimismamien-  
 El rayo había atravesado la nube sobre la que nué-  
 amigos viajaban, y por el enorme boquete abierto sal-  
 a raudales el agua congelada en su interior.  
 —¿Qué hacemos? La nube se desinfla—gritó angli-

—¿Qué le dijo el sordo a  
 la muda?  
 —¿Qué le dijo?  
 —Cuando escuchó tu voz,  
 que parece un arrullo de  
 amor.  
 Francisco Navarro

—¿Qué le dijo un borracho  
 a su amigo?

—¿Qué le dijo el sordo a  
 la muda?  
 —¿Qué le dijo?  
 —Cuando escuchó tu voz,  
 que parece un arrullo de  
 amor.  
 Francisco Navarro

—¿Qué le dijo un borracho  
 a su amigo?

El punto brillante se veía cada vez más cercano, y Lapirocin se quitaba la vista del cielo obscuramente, y a la vez se iba a dar cuenta de que se iba a caer una gran cascada de agua sobre él. La cascada descendía una gran cascada de agua sobre él. La cascada descendía una gran cascada de agua sobre él.



LA CAJITA DEL DE VAGABUNDA

ANDANZAS DE LAPICERIN



El rayo había atravesado la nube.

Estado de ánimo.

No me ocurre nada.—contestó Lapirocin. La noche iba desahucándose rápidamente. Iba perdiendo agua y al propio tiempo, iba perdiendo altura. Hasta que, cuando no quedaba ni una sola gota de agua, quedó lo mismo que un pellejo vacío, y cayó verticalmente, extrayéndole en su caída a nuestros dos

La lluvia iba desahucándose rápidamente. Iba perdiendo agua y al propio tiempo, iba perdiendo altura. Hasta que, cuando no quedaba ni una sola gota de agua, quedó lo mismo que un pellejo vacío, y cayó verticalmente, extrayéndole en su caída a nuestros dos

El punto brillante se veía cada vez más cercano, y Lapirocin se quitaba la vista del cielo obscuramente, y a la vez se iba a dar cuenta de que se iba a caer una gran cascada de agua sobre él. La cascada descendía una gran cascada de agua sobre él.

BIBLIOTECA DE «EL PEQUE»

de los explosivos, la cabina comenzó a subir con la velocidad del rayo, alcanzando una altura inespachada. Por fin, habían encontrado el botón del ascensor.



Habían encontrado el botón del ascensor.

Amiguitos de EL PEQUE

- 296 Francisco E. Fernández Sebastián, de Gijón.
- 297 Alfonso Serrano García, de Valencia.
- 298 Antonio Belver, de Valencia.
- 299 José Vila, de Valencia.
- 300 Antonio Sebatier Barriola, de Valencia.
- 301 José Ariño, de Tortosa.
- 302 Ana María Montopó, de Valencia.
- 303 José García Albaladeu, de Utiel.
- 304 Vicente Boluda, de Valencia.
- 305 Conchín Llopis, de Valencia.
- 306 Rafael Salvador, de Valencia.
- 307 José Cioquell, de Valencia.
- 308 Vicentia Inna Pérez, de Valencia.
- 309 José Sancho, de Valencia.
- 310 Francisco Sánchez Ravera, de La Canadella.
- 311 Francisco Sánchez Navarro, de Valencia.
- 312 Luis Martín, del Grao.
- 313 Iñorren Iratzo, de Valencia.
- 314 Anita Peña, de Valencia.
- 315 Emilio Roca Ruiz, de Valencia.
- 316 Francisco Almir, de Valencia.
- 317 Francisco Navarro, de Valencia.
- 318 Miguel Casaña, de Valencia.
- 319 Luis Ramírez Domingo, de Valencia.
- 320 Rafael Hernández Cámara, de Avora.
- 321 Lucilla Salas, de Valencia.
- 322 Palmirín Calvo, de Valencia.
- 323 José Fausell, de Mehana.
- 324 Antonio Pallas, de Valencia.
- 325 José Luis González, de Valencia.
- 326 Antonio Latorre Marín, de Valencia.
- 327 Asunción Pradas, de Valencia.
- 328 Jesús del Pozo, de Benidorm.

**SIN LEVANTAR EL LAPIZ.**—Presentad a vuestros amiguitos el dibujo A. Y pedidles que lo hagan de un solo trazo. Es seguro que no lo conseguirán. Tomad entonces el papel y hacedle un pliegue como puede verse en B. Así doblado, dibujad una recta de derecha a izquierda y en su levantamiento el lápiz desdobláis el papel. Quedan dibujadas las líneas 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10. Haced a continuación la curva 1, luego la diagonal 2, el lado del cuadrado 3, la diagonal 4, el lado 5 y terminad con las curvas exteriores, como puede verse en C.

**Hormiguilla busca casa por Papape**

SE APROXIMA EL INVIERNO Y NO ENCUENTRO CASA DONDE COBIJARME

¡FITZAJUNA CONCHA DE CARA! COL AGABDONADRI!

ME LA LLEVO AL POGRODO, Y YA TENGO RLO

¡EHI! DONDE HIBA CON MI CONCHERÍ! NO SARGE QUE ME ESTABA BARRANDO FIEN EL RIO?

Papap

**LA GORRA QUE VUELA**

Tomasiñ ve un cuervo que ingenuamente va dando saltitos por tierra y le arroja la gorra con tan buena puntería, que lo aprisiona en ella. A Tomasiñ no sabe lo que le pasa de contento y saltecho de su caza. Luego se vuelve a poner la gorra, llevando dentro, enjaulado,